

## PROYECTO Y MOVILIDAD. EL NUEVO ESCENARIO SOCIAL

(Extracto del Informe "Barcelona 2004: el fascismo postmoderno" publicado por Espai en blanc. El informe completo se halla en la web:

[www.espaienblanc.net](http://www.espaienblanc.net) y en el libro colectivo: "La otra cara del Fòrum de les Cultures S.A. publicado gratuitamente por edicions Bellaterra

Vivir es conectarse a la red y solo hay un modo de hacerlo: participar en un proyecto, es decir, intervenir con la propia vida en la circulación de capital. En este sentido, el Proyecto Barcelona asume y gestiona como un bien social la nueva institución capitalista. Adecuar el territorio a las condiciones ideales de la sociedad del conocimiento significa incrementar el capital social de la ciudad, su conectividad general y la diversidad y riqueza de sus redes.

En la medida en que se da reconocimiento a los participantes ("La Barcelona que hacemos entre todos"), nos encontramos ante un nuevo criterio de justicia, ante un nuevo principio de legitimidad y política social del que el Proyecto Barcelona se declara pionero. Por eso podemos decir que el proyecto es en general inseparable de las personas que lo gestionan y a las que concierne. Si la red libera virtualmente los flujos de capital, el proyecto los constriñe de nuevo a las posibilidades de la existencia humana. La finitud del sujeto, su cualidad de *estar ahí*, definiendo el lugar y el momento que necesariamente ocupa, limita por principio las posibilidades de relación, de contacto, de experiencia. Las oportunidades y las expectativas de negocio transcurren ligadas al curso de una vida. Por eso hay que evitar las conexiones redundantes: el tiempo que se pierde en ellas no puede recuperarse.

El Proyecto Barcelona da origen entonces a una nueva división social que transforma la ciudad en el escenario de una nueva dramaturgia:

a) **Teatro de emprendedores.** Son los protagonistas. Son los dueños de un capital social rico en redes, en agujeros estructurales, en asimetrías informativas, un capital, en fin, que asegura su vida garantizándoles la movilidad, esto es, la capacidad de participar en el diseño y gestión de proyectos. Hablamos, pues, de un capital social literalmente incorporado a su persona: cúmulo de experiencias, de contactos, de referencias versátiles, dispuestas a producir ideas, a franquear dominios institucionales muy alejados. La suma movilizable de esas competencias define sus opciones de promoción, que siempre es transversal (pasar de un proyecto a otro), sus recursos de empleabilidad, su posición, en fin, en el sistema social.

Este nuevo arquetipo, insensible a la división entre ocio y trabajo, para quien toda relación personal es virtualmente productiva, puede compararse con el del artista bohemio, igualmente desregulado, ajeno a las convenciones e impedido por eso mismo a una vida

absolutamente creativa. Para ambos el fin es el mismo: tener una idea, provocar una contracción, suscitar un proyecto y firmarlo. En este sentido, tanto el imaginario del Proyecto Barcelona -con su Mediterráneo de cartón piedra- como el del Forum de las Culturas están contruidos con un discurso del mestizaje que lo muestra no como efecto de relaciones de poder violentísimas -el colono cubriendo a sus indias- sino como condición de ese simulacro de creatividad que llamamos fusión. Esto es lo que permite, como veremos, olvidar el lugar *real* de los inmigrantes en relación con el Proyecto.

Cierto que ambos, el emprendedor y el artista, mantienen en su origen relaciones opuestas con el capitalismo, pero la analogía resulta válida en la medida en que, en referencia al proyecto, el emprendedor *no* figura como propietario. Activa la circulación de capital como los productores y directores de cine: por su talento para crear conexiones de las que, por principio, no es dueño. Claro que su realización depende al fin de las empresas que las exploten, que materialicen el proyecto, pero se trata de un momento secundario - también en términos de beneficio- respecto al de la concepción del vínculo, de la idea.

*Esta dependencia del capital respecto a la instancia creadora, cognitiva, es justo lo que el Proyecto Barcelona ha sabido poner en escena magistralmente.*

b) **Teatro de marionetas.** Son los precarios, aquellos cuya pobreza de capital social condena a una precariedad sometida al ritmo de la hipoteca. La falta de contactos, la formación escasa o muy especializada, la estandarización de las experiencias, reducen la productividad de estos sujetos, su creatividad, la plusvalía potencial de sus conocimientos. Atrapados en relaciones localizadas, densas y cortas, sin apenas nada más que el lugar -geográfico o social- que necesariamente ocupan en el territorio, son ellos quienes fijan de manera estable los nodos vinculados a los desplazamiento de la actividad conectiva del emprendedor. Sin su inmovilidad no sería posible el salto, la asimetría, la idea: el Proyecto Barcelona. Clavados, pues, a la periferia material, "externalizada" de los proyectos, son ellos en cambio quienes otorgan, como los títeres, representación, consistencia, presencial real a los gestores de capital o conocimiento que, por principio, permanecen ilocalizables.

*Vidas anónimas, redundantes, a las que nada ocurre ni se les ocurre, marcadas por auténticas minusvalías comunicativas -demasiado jóvenes, demasiado viejos; demasiado familiares, demasiado solitarios-, la precariedad es el precio que este nuevo proletariado debe pagar -¿y cómo!- por los servicios del capital, esto es, por obtener una participación en el Proyecto Barcelona. Indefenso, sin la menor posibilidad de negociar, aceptará la función de soportarlo materialmente. A fin de cuentas no tiene adonde ir: no puede moverse.*

c) **Teatro de sombras.** Son los otros, los desconectados, las vidas sin rostro, sin suerte, sin papeles: el residuo. Arrojadlos de pronto a un mundo para el que no están preparados, sometidas sus relaciones, pues, a un régimen de fuerza despiadado, sobre el que nadie les advirtió, agonizan por debajo del umbral de la comunicación socialmente rentable, significativa. Nadie los conoce. La red no puede registrarlos, no tienen nada que decir ni que vender, así que solo por el testimonio de otros -más compasivos, más “solidarios”- percibimos apenas su silencio. Fracasados escolares, trabajadores caídos en desgracia, inmigrantes extranjeros, mujeres despertadas a golpes, sus cuerpos se desplazan por los arrabales del imperio -mirando al mar, margen derecho- o entre los departamentos de “bienestar social” -un sarcasmo...

Las sombras representan, con su desconexión, la posibilidad aciaga pero esencial de la sociedad red, esto es, de un mundo construido sobre puras conexiones. Así que es el miedo, el miedo a su presencia fantasmal, amenazante, lo que nos hace movernos, lo que impulsa y sostiene nuestras vidas, lo que decreta, en fin, la movilización general.

*Sólo el miedo a las sombras permite, en efecto, que toda conexión, porque consigue conjurarlo, se vuelva feliz, afortunada, incluido el cepo de un trabajo asalariado o una hipoteca para treinta años. Por miedo aceptamos participar en esto. El miedo es el motor del Proyecto Barcelona.*

### **La movilidad sostenible como objeto y condición del Proyecto.**

Hemos visto que la incorporación al Proyecto, lejos de negociarse políticamente, se efectúa bajo la amenaza de la exclusión absoluta, esto es, al límite de una vida propiamente “humana”, social. Y es precisamente ahí, sobre esa línea de sombra, donde interviene el sentido de justicia social del que el Proyecto Barcelona se reclama pionero y sobre el que funda su doctrina de la movilidad sostenible: cómo evitar el colapso, la anomía, el autismo, la incapacidad para tejer o renovar vínculos que garanticen la conectividad.

1) De entrada, el Proyecto Barcelona extiende por el territorio metropolitano una miríada de asociaciones, “espais” y forum; aulas, “trobades” y asociaciones -no gubernamentales, vecinales, de autoayuda-, que tejen sobre la ciudad una auténtica red virtual de intervención. Virtual: ya sabemos que en realidad están vacías pero eso no afecta a su poder de prevención, esto es, a su capacidad para operar eventual y quirúrgicamente sobre el límite de la conexión social.

2) Por otra parte está el reciclaje infinito, impulsado sin descanso por la red institucional del Proyecto mediante un programa incesante de cursos, jornadas y seminarios debidamente certificados. Y es que, ante todo, el

ciudadano-partícipe es cursillista. El contenido de los cursillos es lo de menos. Todos saben que no se aprende nada, y aunque no fuera así da igual. Lo que importa es el valor formal del reciclaje, el esfuerzo de asistir, las horas certificadas: la movilización. Participar en los cursillos significa respetar el código, demostrar la disposición política hacia el sistema, instituir y mantener la “fuerza productiva” lista para reincorporarse al Proyecto. Por eso, frente a la validez del título académico, al principio del mérito y la oposición pública, el cursillo emite “certificados de colaboración”, que, sancionado por un gestor o institución vinculados a la red, ofrecen un capital inmediatamente empleable en el Proyecto.

3) Por último están las políticas de inserción social, cuya coordinación metropolitana ha sido firmemente exigida al Estado por la dirección político-económica del Proyecto y que funcionan con frecuencia como instrumento para combatir la llamada “espiral de silencio”: desconectarse, no tener qué decir. En este sentido, los programas de garantía social, gestionados por los institutos de I+D, no tienen a menudo otra función que la de habilitar las competencias básicas del ciudadano (la más transversal: hablar), su capacidad comunicativa, con el mínimo de contenido necesario (tener de qué).

*Vemos así cómo el principio al que se atiene la nueva política social del Proyecto Barcelona es la actividad, la actividad en general. Se trata de “hacer algo”, lo que sea, para vencer la amenaza constante y sombría de la exclusión.*

En este sentido, la justificación de un proyecto no está en el contenido sino en la forma: *si conecta, vale*. Como institución central de la sociedad red, los proyectos deben ser siempre neutrales, concebidos de modo que no comprometan la pura conectividad, *equivalentes*. Sólo esa indiferencia, esa reducción a actividad abstracta, a pura movilización, permite asimilarlos a la circulación de capital. El objetivo del Proyecto Barcelona es garantizar esa neutralidad, velar para que todo proyecto confirme y conforme su espacio social de posibilidad. Tiene que evitar que alguno, cuyo impulso deje de ser el miedo, golpee los límites del nuevo capitalismo. Que nadie rompa o se marque políticamente y bloquee el juego de la actividad abstracta. Que nadie ponga en peligro la reproducción misma del sistema. Por eso el Proyecto Barcelona necesita también de una justificación: el *derecho de policía*. La doctrina de la movilidad sostenible se resuelve entonces en una movilización sin fin, absoluta, una movilización por la movilidad misma, que reedita *sui generis*, como ya vimos, los vínculos estructurales entre el fascismo y la sociedad capitalista.